

# Julio Cortázar y Cris

Cristina Peri Rossi

C Á L A M O

© Cristina Peri Rossi, 2014

© de esta edición, EDICIONES CÁLAMO, 2014

ISBN: 978-84-96932-87-6

Dep. Legal: P-111/2014

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: EDICIONES CÁLAMO

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

[contacto@edicionescalamo.com](mailto:contacto@edicionescalamo.com)

# ÍNDICE

## JULIO CORTÁZAR, EL GRAN CRONOPIO

- 11 I. Queremos tanto a Julio
- 24 II. El encuentro
- 40 III. El país conjunto. Las provincias
- 53 IV. Los exilios
- 58 V. Deià, Mallorca
- 64 VI. Carol
- 72 VII. Los poemas

## SEGUNDA PARTE

- 83 VIII. Poemas de amor a Cris
- 92 IX. Carta de Cris a Julio Cortázar
- 99 X. Carta íntima a Julio en el más allá, acerca  
del estado de las cosas, en el más acá
- 102 XI. Julio Cortázar, veinte años después
- 108 XII. Veinte años sin Julio
- 113 XIII. Diario para un cuento
- 118 XIV. Vigencia de Julio Cortázar
- 124 XV. Carta a Julio, treinta años después

JULIO CORTÁZAR,  
EL GRAN CRONOPIO

# I

## QUEREMOS TANTO A JULIO

No fui al entierro de Julio Cortázar. No estoy en la foto. En las numerosas fotos que se hicieron después de su muerte, una lluviosa mañana de febrero de 1984. (Cuántas veces, Julio, habíamos recordado juntos aquellos versos de César Vallejo: «Me moriré en París con aguacero, un día del cual tengo ya el recuerdo».) No quise compartir la dudosa complicidad de los precariamente vivos, de los supervivientes. Aborrezco la muerte y los ritos funerarios. Había otra razón profunda: me negaba a aceptar que Julio fuera mortal, y prefería recordarlo vivo, eternamente joven (bromeábamos, a veces, sobre su aspecto juvenil, como Dorian Gray. «Solo que yo no me voy a despertar un día convertido en un anciano decrepito y asqueroso», decías, sonriente y convencido), sano, viajero, a veces un poco melancólico («la literatura es cosa de melancólicos»: hice esa anotación en una servilleta en la cafetería La Puñalada, de Barcelona. Respondió, debajo, y me devolvió la servilleta: «¿Quién no es un poco melancólico a las seis de la tarde de otoño, en una calle de París o de Barcelona, de

Buenos Aires o de Montevideo?») y siempre lúdico. El exilio me había acostumbrado, además, a aceptar la muerte de los seres queridos en la lejanía, a través de una breve llamada telefónica o una esquela funeraria que saltaba de una carta aparentemente trivial. De algo estaba completamente segura, desde hacía unos meses: no quería ver a Julio muerto, en un ataúd. No quería que ese inoportuno recuerdo interrumpiera nuestro diálogo interior, nuestra manera de conversar a veces a la distancia. «El amor es un asunto de palabras», había escrito yo, durante mi segundo exilio, el parisiense, en 1974, frase que hubiera complacido a Lacan, seguramente, si Lacan leyera a jóvenes escritoras latinoamericanas; yo, entonces, tampoco lo leía a él, aunque después lo haya citado. Se cita parcialmente. Aún nuestros enemigos son capaces de decir algunas verdades. Se atribuye al Generalísimo Francisco Franco la frase: «Quien no recuerda la historia está condenado a repetirla». Posiblemente murió sin saber que estaba citando a su odiado Carlos Marx. Solemos tener algunas coincidencias con nuestros enemigos. Julio Cortázar, conversando: «A veces las víctimas eligen oscuramente a sus verdugos». No te hubiera sorprendido nada, Julio, leer en los diarios la noticia de la mujer que solicitó, en los servicios eróticos de Internet, en Estados Unidos, a un hombre que la matara haciendo el amor y lo consiguió. Entonces, posiblemente, hubiéramos recordado otra vez a Marguerite Duras y su novela, *Moderato cantabile*, llevada al cine por un director que nos gustaba mucho a los dos, aunque

un poco menos a los críticos cinematográficos: Peter Brook. La recordábamos porque el admirable guión era de Marguerite, los intérpretes nada menos que Jean-Paul Belmondo y Jeanne Moreau, además de la música, tan importante, en toda la película, de uno de nuestros compositores favoritos: Erik Satie, las *Gymnopédies*. Y si hubieras llegado a leer en los diarios —esa afición que ya tenías en el grado de adicción— la noticia de la norteamericana que pidió por los servicios eróticos de Internet a un hombre que la torturara, en el amor, hasta la muerte, me habrías mirado con complicidad y me habrías dicho: «Esa historia escribirla vos», porque las historias tienen dueño, tienen destinatarios, las historias y la realidad se mezclan, vos decías: «Nadie puede saber dónde acaba la realidad y empieza la fantasía», límite, frontera que te gustaba tanto cruzar en tus relatos, «pero en la vida hay que tener cuidado —decías—, porque si no, se puede acabar como el Tito Monterroso». «¿Cómo acabó el Tito Monterroso?», podía preguntarle un lector, un admirador ingenuo. Entonces, con mucha seriedad, Julio le contestaba: «El Tito terminó escribiendo: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”, cuento que nadie entiende. Y el primero que no lo entiende soy yo». Y el lector o el admirador ingenuo se quedaba sin saber si Julio le estaba tomando el pelo al Tito, a él o al dinosaurio. Sin contar con que los dinosaurios eran los animales favoritos de Cortázar —¿tengo que decir que también los míos? Coincidencia que nos valió sonoras carcajadas y numerosos envíos, desde distintas partes del

mundo, de libros, maquetas, inflables e información sobre dinosaurios—, mucho antes de que Spielberg los descubriera.

No fui al entierro de Julio. No estoy en la foto. Yo sabía —esa fría y lluviosa mañana de febrero, cuando Aurora Bernárdez me llamó a Barcelona, para confirmarme que Julio había muerto— que él y yo seguiríamos conversando de alguna manera, comunicándonos a través de símbolos o señales a interpretar. (Cuántas veces habíamos citado, juntos, el famoso verso de Baudelaire: «*La nature est un temple divin*»; en la selva de símbolos y de signos, el hombre, solo, va descifrando.) Había seguido muy de cerca su enfermedad. (Eso que los malos periodistas llaman «la evolución de la enfermedad».) Julio no tenía cáncer. Aun las personas más cercanas o quienes estuvieron junto a él creen que tuvo cáncer. No existió nunca ese diagnóstico, sino todo lo contrario. (Lamento, Mario Muchnik, contradecirte. En el hermoso capítulo que le dedicas en tu libro *Lo peor no son los autores*,<sup>1</sup> recoges la versión más difundida, la del cáncer. No es raro. La enfermedad que padeció Julio no estaba todavía diagnosticada, no tenía un nombre específico, se la llamaba: *pérdida de defensas inmunológicas*. La misma que se había llevado a Carol Dunlop, la segunda esposa de Julio Cortázar, un tiempo antes. Se caracterizaba por un cuadro de aumento desmesurado de

---

<sup>1</sup> Taller de Mario Muchnik, Madrid, 1999.

los glóbulos blancos, manchas en la piel, diarreas, cansancio, infecciones oportunistas y culminaba con la muerte. En noviembre de 1983, en Barcelona, Julio, muy preocupado por su enfermedad, me enseñó una placa negra en su lengua: el sarcoma de Kaposi. Padecía, entonces, un virus que desconcertaba a los médicos y no tenía ningún tratamiento específico. Ningún médico sabía, tampoco, cómo se transmitía o cómo se contraía. Alarmada, le pedí a Julio que consultara con un excelente médico y poeta barcelonés, Javier Lentini. Éramos muy amigos y me merecía toda la confianza. Fuimos, Julio y yo, con los análisis en mano, a verlo. Javier Lentini era un hombre excepcional: generoso, entusiasta, solidario, siempre dispuesto a ayudar a quien se lo pidiera. Escribía en la revista *Jano*, una revista para médicos, pero él se ocupaba de la sección cultural, que era, por cierto, excelente. Coleccionista de pintura, gran amante de la poesía, fundó, financió y dirigió *Hora de poesía*, la única publicación dedicada exclusivamente al género, en Barcelona, que duró varios años, hasta la muerte de su creador, y donde publicaron casi todos los poetas de Europa y de América Latina, en su lengua, o traducidos. Javier conocía bien la obra de Julio Cortázar, lo admiraba como escritor y como persona, y me había pedido, muchas veces, que se lo presentara, en alguno de los viajes que hacía a Barcelona. Estaban destinados a conocerse y a estimarse mutuamente, de manera que la entrevista médica, exhaustiva, se prolongó luego, en una cena en la hermosa casa de Javier, en la calle Balmes,

donde estaban sus colecciones de arte y de instrumentos de cirugía. Javier Lentini confirmó que los análisis de sangre de Julio y otras pruebas descartaban la existencia de un cáncer, y atribuyó la enfermedad a un raro virus sin identificar. Aprobó la actuación de sus colegas franceses, pero se mostró completamente desconcertado ante la enfermedad. Faltaba una pista objetiva cuya importancia solo ha podido aquilatarse de manera retrospectiva: dos años antes de contraer la enfermedad, Julio Cortázar recibió una masiva transfusión de sangre, en un hospital del sur de Francia, donde estaba pasando las vacaciones de verano con su reciente esposa, Carol Dunlop. La transfusión se realizó a raíz de una hemorragia estomacal. «Soy un hombre nuevo —me escribió entonces—. Me han cambiado toda la sangre.» Algunos años después de su muerte, el ministro de Sanidad de Francia dimitió, por el escándalo de la sangre contaminada de sida. Curiosamente, Carol falleció —antes que Julio— también a causa de una rarísima enfermedad no identificada, un virus desconocido que le provocó la pérdida de defensas inmunológicas y la aparición de infecciones oportunistas. Es verdad que era mucho más joven que Julio, pero en ella, la enfermedad fue muy rápida, porque le habían extirpado un riñón años antes, en su juventud. Javier Lentini ya no está para confirmar un diagnóstico que hoy sería mucho más fácil, pero recuerdo una conversación que tuve con él, a fines de 1987, en casa de la escritora y amiga Ana María Moix. Yo me estaba reponiendo, entonces, de una operación qui-

rúrgica, y ambos recordamos llenos de emoción a Julio. Le dije: «Creo que ahora los médicos podrían diagnosticar con exactitud la enfermedad que lo mató». Javier, con su habitual ternura, me respondió: «La podríamos diagnosticar, Cristina, pero no la podríamos curar. El nombre no tiene importancia, lo único que importa es si podemos curar. Y no lo hubiéramos podido curar.»)

Antes de su enfermedad (una de las pocas que tuvo a lo largo de su vida), Julio, sonriente, solía decirme: «Soy inmortal», frase que me ponía los nervios de punta. No era aprensivo, y la soportó con estoica gallardía, con elegancia, solo un poco irritado por la inoperancia de los médicos. Era un hombre optimista que no se derrumbó nunca, ni ante la muerte de Carol, ni ante su propia enfermedad. («Estoy bien dotado para la felicidad», me había dicho a mí, una romántica que jamás ha creído que la felicidad sea algo más que una palabra de uso inapropiado.) Cuando me decía, sonriente, «Soy inmortal», yo sentía irritación, aunque comprendía a qué se refería. No era una creencia metafísica, ni religiosa, por supuesto: Julio era demasiado racional, demasiado lúcido como para eso. Se trataba de la convicción de que la muerte era otro estadio, diferente al de la vida, del cual, a veces, nos llegaban oscuros retazos, auras, extrañas comunicaciones. No era una *idea*, era una especie de presentimiento, en un hombre que combinaba con mucha armonía la filosofía de la Ilustración y de la Modernidad con el gusto por el inconsciente, el azar, los sueños y los símbolos, para un

escritor que transgredió los límites del realismo y de la razón.

Aquella triste y lluviosa mañana de febrero, en París, Julio ya no me necesitaba —aunque yo lo necesitara tanto—, ni tampoco Aurora Bernárdez, su primera esposa, la mujer que lo cuidó durante los últimos meses y a la que él nombró su albacea. Podía imaginarme que muchísima gente —amigos y no tanto— estaría allí, en una ceremonia que él hubiera querido lo más íntima y modesta posible. Podía imaginarme también el dolor de sus numerosos lectores de todo el mundo, aquellos que en sus textos habían descubierto no solo a un gran escritor, sino a un amigo, a un semejante. Se puede admirar mucho a un escritor, pero no, necesariamente, quererlo. Julio despertó siempre el cariño y la complicidad de sus lectores y de sus lectoras, porque «soy un poeta, vivo como escribo» (del acto I de *La Bohème*, de Puccini. Lo habíamos oído en muchas versiones: Renata Tebaldi, Victoria de los Ángeles, María Callas, Montserrat Caballé, y la casi inencontrable versión de Claudia Muzio. Yo había perdido, en la huida al exilio, el único disco que tenía de esta soprano, una de mis favoritas. Julio lo encontró, una vez, en Londres, y me lo regaló. Decidimos que era la mejor Mimí de toda la historia de la ópera). El olfato de los lectores suele ser muy agudo: descubren cuándo entre la vida y la obra hay una coincidencia de valores éticos.

El teléfono de mi casa comenzó a sonar, esa cruel mañana de invierno, con demasiada frecuencia: sí, ya sabía

que Julio había muerto, no, no pensaba ir a su entierro, no iba a explicar por qué, sí, gracias por acompañarme en el dolor, frase retórica, no hay manera de acompañar a nadie en el dolor. A la noche, decidí salir de la casa, para no escucharlo más. Le pedí a una amiga que me llevara a dar un paseo en auto por Barcelona. Regresé a las doce de la noche (la hora de los vampiros, ¿te acordás, Julio?), me tomé un somnífero y me dormí. Poco después, un estallido violento y la sacudida de la cama me despertaron sobresaltada, sin saber qué ocurría. Me lancé a la ventana que daba a la calle, ya que la explosión había venido de allí, y observé que en la calzada había vidrios, trozos de pared y un hombre, caído, que intentaba sostenerse la pierna destrozada. Varios vecinos también se asomaron a sus respectivos balcones y, desde lejos, se oyó una sirena policial. Bajé. El portal del edificio donde yo alquilaba un piso estaba deshecho: el grupo independentista Terra Lliure, catalán, había colocado una bomba en la empresa eléctrica lindera. La onda de expansión del artefacto destruyó los portales, hizo saltar muchos vidrios e hirió gravemente a un pobre hombre que pasaba por ahí, rumbo a su empleo, a la madrugada. Esa noche, ya no dormí. Estaba demasiado nerviosa. La muerte de Julio, el atentado terrorista que me hacía recordar los peores tiempos vividos en Montevideo, antes de exiliarme, me tuvieron despierta, como si, de pronto, una rara conspiración se hubiera desencadenado. No había relación aparente entre un hecho y otro, pero mi cabeza (como la tuya, Julio) en-

contraba, en el azar, cifras, misterios, lenguajes crípticos a revelar. Pasé la mañana inquieta, desasosegada. Al mediodía, decidí bajar hasta una cafetería cercana, donde me conocían bien, porque yo solía leer el diario y escribir un poco todas las mañanas. Fui con una amiga. El dueño del bar me comentó algo acerca de un escritor francés, dijo, al que creía haber visto alguna vez conmigo, en una mesa, y que acababa de morir. De pronto, sentí la imperiosa necesidad de abandonar la cafetería y volver a mi casa. Tenía una sensación rara de peligro, de riesgo. No tuve paciencia como para esperar el ascensor y decidí subir a pie los ocho pisos, hasta mi casa. Cuando llegué, me di cuenta de que el marco de la puerta había sido forzado por ladrones, pero que no habían conseguido entrar, y que huyeron, posiblemente al escuchar mis pasos. Respiré, aliviada: de pronto, el miedo desapareció. Me acordé de uno de los temas favoritos de Cortázar: decía que los cronopios tenían un ángel de la guarda. Los cronopios no solo se reconocían entre sí por más lejos que vivieran o que hubieran nacido, sino que además, cuando un cronopio moría, se convertía en el ángel de la guarda de otro cronopio. Esta afirmación, querido lector, querida lectora, no la encontrará en ningún libro que se haya publicado sobre Julio Cortázar. Porque la mayoría de los libros que se han publicado durante su vida o después de su muerte han sido escritos por hombres, periodistas, profesores de universidad, toda esa gente solemne y muy racional a la que trataba con cortesía, por supuesto, pero que no llegaban a las entrañas de su cora-